

dejara en rehenes al rey de Inglaterra, Juan, indignado por esa deslealtad, volvió á Inglaterra, donde murió (1364). Á ese monarca se le atribuyen estas hermosas palabras: « Si la buena fe estuviera desterrada del resto del mundo, sería preciso hallarla en boca de los reyes. »

Segunda casa de Borgoña. — Juan II había reunido á su corona la *Normandía*, que recibió como patrimonio, el condado de *Tolosa*, el de *Champaña*, que fué reclamado en vano por el rey de Navarra, y el ducado de *Borgoña*, que pasó á su poder al extinguirse la primera casa de los Capetos de Borgoña en 1361. Pero cometió el error de separar de sus dominios esa última posesión para darla á su cuarto hijo, Felipe el Atrevido, que así se convirtió en jefe de la segunda casa de Borgoña. Habiéndose casado ese príncipe en 1384 con Margarita, hija y heredera del conde de Flandes, ese enlace hizo de los duques de Borgoña los más poderosos vasallos del rey de Francia, y favoreció así su ambición, tan fatal para la monarquía. Juan II dividió torpemente aun más el reino, que en esos momentos necesitaba por el contrario unidad, haciendo del ducado de Anjou y del de Berry patrimonios para sus demás hijos.

Resumen de este capítulo. — El reinado de Juan II es uno de los más tristes y desastrosos de la monarquía francesa.

I. Sin tener malas intenciones, ese príncipe, tan caballeresco como Felipe VI, su padre, pero más imprevisor y pródigo, irritó á todo el mundo á fuerza de exacciones y arbitrariedades. Entonces se manifestó el espíritu de independencia en todas las clases de la sociedad. Cuando estaba á punto de terminar la tregua pactada con el rey de Inglaterra, Juan reunió los estados generales que, si bien aprobaron su política, reclamaron contra los abusos de su gobierno (1355). Decidióse que se pondría en pie de guerra un ejército numeroso; pero la ligereza del rey lo comprometió, haciendo que lo destruyeran los ingleses en la batalla de Poitiers (1356).

II. Habiendo sido hecho prisionero el rey en esa derrota, Francia quedó entregada á la más deplorable anarquía. El delfín Carlos convocó los estados generales (1356) que trataron un momento de gobernar la nación; pero no tardaron en ser oscurecidos por el partido popular, que pretendía dar el poder y la corona al rey de Navarra, Carlos el Malo. Mientras que París veía alzarse la burguesía contra la nobleza, las provincias eran asoladas por el populacho que, con el nombre de *jaquería*, cometió horribles crímenes, turbando en todas partes el orden y

al paz. El tratado de Brétigny (1360) vino á poner por un instante término á todos esos males, pero cuando hubo que cumplir las condiciones del mismo, el rey y la nobleza tuvieron que arruinarse y arruinar al mismo tiempo á toda la nación, sin que esos inmensos sacrificios bastaran. Juan II separó de sus Estados la Borgoña para convertirla en patrimonio de su cuarto hijo, Felipe el Atrevido, que así pasó á ser jefe de la segunda casa de Borgoña, cuya influencia fué tan importante en aquella época.

CAPÍTULO VII.

CARLOS V Y DUGUESCLÍN. GUERRAS Y GOBIERNO. PARÍS EN EL SIGLO XIV.

Carlos V se halló entre dos épocas desastrosas para la Francia, los reinados de los primeros Valois, que sólo se distinguen por faltas y desgracias, y el reinado de Carlos VI, cuya demencia debía ser tan funesta á la nación. Carlos V fué el primero de los reyes franceses que comprendió los tiempos nuevos, penetrándose de las ideas modernas para aplicarlas de manera conveniente. Inauguró un nuevo sistema de guerra que fué muy beneficioso para la Francia, y su genio calculador imaginó la mayor parte de las reformas necesarias para establecer el orden en lo interior del reino y asentar la monarquía de manera firme é inquebrantable. Aboliendo los patrimonios, indicó la manera de poner término á los desmembramientos que impedían á la monarquía llegar al desarrollo de su poder. Recurrió más bien á la inteligencia que á la fuerza para librarse de sus enemigos, y mientras arrojaba de Francia á todos los extranjeros, encontraba manera de aliviar las cargas del pueblo restableciendo en todas partes el orden por medio de las ordenanzas que le han granjeado el calificativo de Sabio.

§ I. — Desde el advenimiento de Carlos V hasta que empiezan de nuevo las hostilidades contra los ingleses (1364-1369),

Restablecimiento del orden en el país y en la hacienda. — Carlos V, cuya experiencia había madurado en la desgracia, llevó al trono genio más elevado y política más profunda que sus predecesores. Su carácter frío y dado á la reflexión no era á propósito para las aventuras, y en él no se halla nada del ardor caballeresco que caracterizó á sus predecesores. Comprendió que la monarquía tenía otros deberes que cumplir y que para la dicha y bienestar del reino importaba ante todo que estuviese sabiamente administrado. De

compleción débil y delicada, sintió que por sí solo no podría atender á todas las necesidades del Estado y á todas las dificultades de su posición; por lo cual resolvió hacer buscar en todos los países gentes de fama



Carlos V.

y filósofos conocedores de las ciencias matemáticas y especulativas, para llamarlos á su lado.

En la administración interior del reino tomó consejo de todos los hombres instruídos. Gracias á las reformas que introdujo y á su economía, logró llenar sus arcas, á la vez que disminuía los impuestos. En 1367 redujo de mitad el impuesto de la sal y las ayudas, y perdonó á los burgueses la cuarta parte de su contribución, bajo el supuesto de que la emplearían en fortificar sus ciudades.

No pudiendo combatir por sí mismo, se rodeó de los más ilustres capitanes, Oliverio de Clissón, Boucicault, Luis de Chalons, Eduardo de Renty, los señores de Beaujeu, de Pommiers, de Leyneval, y otros muchos, que reconocían como jefe y maestro al famoso Bertrán Duguesclín. Carlos V confió la defensa del reino á la espada de ese caballero bretón.

Para recobrar su autoridad y devolver á Francia su independencia, necesitaba Carlos V vencer á tres distinto enemigos: el navarro, que tenía bloqueado á París y era dueño de Normandía, las *compañías blancas*, que sólo eran bandas de aventureros y que asolaban todas las campiñas, y los ingleses, que se valían del tratado de Brétigny para insultar el honor de la Francia.

El bretón Duguesclín fué el ilustre guerrero que libró á Carlos V de todos esos enemigos.

Guerra contra el rey de Navarra. Duguesclín (1364). — La primera guerra emprendida fué contra el Navarro. Duguesclín le tomó Mantes, Meulan, y sus mejores plazas sobre el Sena. Carlos el Malo

llamó en su ayuda á Juan de Grailly, famoso caballero gascón, más conocido por el nombre de *captal* (antigua dignidad usada en el mediodía de Francia, equivalente á jefe ó capitán, del latín *capitalis*) de Buch. Los dos ejércitos se encontraron á orillas del Eure, cerca del pueblecito de Cocherel. El captal de Buch había colocado sus tropas en una eminencia. Los caballeros trataron de escalarla como en Crécy y Poitiers, pero



Duguesclín.

Duguesclín hizo tocar retirada casi en seguida, fingiendo huir. Entonces el capitán inglés John Joel, creyendo ganada ya la batalla, se lanzó á perseguir á los franceses, á pesar de las órdenes del capta de Buch; mas, cuando por medio de dicha maniobra hubo Duguesclín atraído á su enemigo á la llanura, hizo volver atrás su ejército y destrozó á los ingleses. Al mismo tiempo había encargado á treinta de los más valerosos caballeros de no ocuparse sino del capta, hasta lograr apoderarse de él. Como esta última estratagema saliera bien, las tropas, privadas de su jefe, se desalentaron, y el ejército navarro fué completamente deshecho.

Duguesclín había prometido á Carlos V esa captura como estreno de su reinado. Y, en efecto, dicha victoria lo inauguró, pues el rey la supo el mismo día de su coronación en Reims. Carlos el Malo se apresuró en seguida á tratar con el rey de Francia, aceptando las condiciones que le habían sido impuestas, á saber, la restitución de sus feudos de Normandía en cambio del señorío de Montpellier. Carlos V fué después á Ruan á dar gracias al vencedor, otorgándole como recompensa el condado de Longue ville y haciéndolo mariscal de Normandía.

Fin de la guerra de Bretaña (1365). — La guerra seguía en Bretaña entre las casas de Montfort y de Penthièvre. Esa caballeresca lucha se había distinguido por multitud de combates extraordinarios. Uno de los más célebres hechos de armas fué el combate de los *Treinta*, que se dió en 1351 entre Roberto de Beaumanoir, gobernador del castillo de Josselin, y el capitán inglés Ricardo Bramborough, que mandaba en Ploermel. Lucharon en la landa que se extiende entre esos dos puntos, cada uno con veintinueve compañeros de armas. El combate duró casi todo el día. Habiendo sido muerto el castellano de Ploermel y nueve ingleses, los otros pidieron gracia, quedando victoriosos los franceses que sólo habían perdido cuatro hombres, entre los cuales se contaba Beaumanoir. Habiendo sido herido casi al empezar el combate, y muriendo de sed, pidió de beber. Uno de sus compañeros Geofredo Dubois, le gritó: « Bebe tu sangre, Beaumanoir », al paso que seguía dando tajos á diestra

y siniestra. Esa frase heroica se convirtió en divisa de esta casa.

Esos combates singulares, más parecidos á torneos que á batallas, no eran los que podían dar término á aquella guerra. Los reyes de Francia y de Inglaterra se habían reservado, por una cláusula del tratado de Brétigny, la facultad de socorrer á los pretendientes á la corona ducal de Bretaña, sin que de ahí pudiera resultar una declaración de guerra. En virtud de ese convenio singular, como Carlos V diera orden á Duguesclín para que fuese con sus mejores tropas en socorro de Carlos de Blois, el príncipe de Gales sostuvo por su parte á Juan de Montfort, enviándole doscientas lanzas, doscientos arqueros y buen número de jinetes á las órdenes del valeroso y prudente Juan Chandos.

Los dos partidos querían acabar de una vez, y los señores bretones habían resuelto que si se triunfaba en la batalla y se hallaba en la plaza á monseñor Carlos de Blois, no se le dejaría libre por ningún precio sino que se le daría muerte. Y lo mismo acordaron los franceses y bretones de su bando reunidos, para el caso de coger prisionero á Juan de Montfort, pues todos deseaban acabar la guerra. El encuentro se efectuó cerca de Auray. Los ingleses y Montfort ocupaban una altura donde Duguesclín no quería atacarlos; pero Carlos de Blois, no prestando oídos más que á su ardor caballeresco, trabó el combate, en el cual pereció, con la mayor parte de los señores que lo rodeaban y el mismo Duguesclín, á pesar de su prudencia y valor, cayó en manos de los vencedores. Sin embargo, esa derrota no tuvo consecuencias funestas para Francia. Carlos V se apresuró á negociar, y el 11 de Abril de 1365 puso fin á esa lucha el tratado de Guérande, reconociendo como duque de Bretaña á Juan de Montfort, y asignando á Juana de Penthièvre, viuda de Carlos de Blois, el condado de Penthièvre con el vizcondado de Limoges. Juan de Montfort se presentó á hacer pleito-homenaje de su nuevo ducado al rey de Francia, inclinada la rodilla, con las manos juntas, entre las del rey, reconociéndose su vasallo como lo habían sido todos los duques de Bretaña sus predece-

sos. Duguesclín fué puesto en libertad, mediante cien mil libras que pagó por su rescate.

Las grandes compañías. Intervención de los franceses en Castilla (1366). — Al recobrar la libertad, Bertrán Duguesclín recibió el encargo de libertar á Francia de las *compañías blancas*. Dábase ese nombre á todas las bandas de hombres armados, que, desde el fin de las hostilidades en Normandía y en Bretaña, se habían dirigido hacia el centro de Francia, donde cometían los más espantosos crímenes. El robo, el asesinato, el sacrilegio y el incendio eran las señales de su paso. No pudiendo destruirlas por la fuerza, Carlos V había procurado alejarlas por la política. Quiso seducirlas con un proyecto de cruzada; pero el ardor de otra época había desaparecido. Por entonces, como Enrique de Trastámara pidiera socorro á Francia contra su hermano Pedro el Cruel, que deshonoraba con sus infamias el trono de Castilla, Carlos V aprovechó esa circunstancia para librar á Francia de todas esas bandas indisciplinadas. Dióles por jefe al valeroso Duguesclín, que las condujo al sur del Pirineo. Todo cedió ante sus armas, y Enrique de Trastámara fué reconocido rey de Castilla, huyendo su hermano Pedro el Cruel.

Pero en su destierro este príncipe entró en negociaciones con los ingleses. El rey Eduardo, ya viejo, no tenía ningún deseo de volver á exponerse á los peligros de la guerra; pero el príncipe de Gales y los señores de Guiena no deseaban más que aventuras análogas á esa. Negociaron, pues, la defección de las *compañías* y marcharon luego contra Enrique de Trastámara, cuyo único sostén era la espada de Duguesclín. Al encontrarse los dos ejércitos en Nájera el condestable fué de opinión que no debía aceptarse la batalla. No se siguieron sus consejos, y Enrique fué vendido, quedando Duguesclín prisionero una vez más, y ésto en manos del capta de Buch, de quien se apoderara tiempos atrás delante de Cocherel (1367). El príncipe de Gales le pidió cien mil escudos de oro por su rescate. Los amigos del valeroso capitán, el rey de Francia, y el mismo Juan Chandos, le ayudaron á salir del paso, y así que estuvo en libertad, alzó de nuevo el estandarte

de Enrique de Trastámara, ganó en su favor la batalla de Montiel y lo restableció en el trono. Así acabaron, gloriosamente para el condestable, los asuntos de Castilla, y Francia quedó libre de las *compañías*.

§ II. — Últimas guerras. Gobierno. París en el siglo XIV.

Recomienzan las hostilidades contra los ingleses. — Ayudado por la espada de Duguesclín, Carlos V había hecho ya dos cosas importantes: librar á Francia de los navarros y de las compañías, por lo cual sólo le quedaba que combatir á los ingleses. Antes de atacarlos tomó bien todas sus medidas. Renovó la antigua alianza de Francia con Escocia, se unió con el rey de Castilla, á quien Duguesclín acababa de establecer sobre el trono, y se aseguró de ese modo el apoyo de parte de España. Atrajo á su partido al rey de Navarra, que hasta entonces había permanecido indeciso, y casó á su hermano Felipe el Atrévado con la heredera del conde de Flandes, para impedir que el hijo de Eduardo III, el conde de Cambridge, hiciera valer sus derechos sobre ese país. En 1369 creyó que había llegado el momento favorable para dar principio de nuevo á la guerra contra los ingleses. El tesoro estaba lleno, las tropas se habían disciplinado, y el orden parecía suficientemente restablecido en lo interior del reino. Por el contrario, Eduardo III había disipado sus recursos en fiestas y torneos, al paso que su carácter altanero multiplicaba el número de sus enemigos.

En consecuencia, Carlos V convocó el 9 de Mayo los estados generales y les consultó lo que debía hacer con el rey de Inglaterra. Al volver de la guerra de Castilla, el príncipe de Gales había impuesto enormes contribuciones á todas las provincias que poseía en Francia. Como éstas se dirigieran en su angustia á Carlos V, el rey acogió sus quejas con gran contentamiento y citó al príncipe de Gales para que compareciera ante el tribunal de los pares para *oir el derecho sobre dichas quejas*. Negóse el de Gales, y entonces el tribunal de los pares falló que como el rey Eduardo y su hijo no habían comparecido á la cita, el ducado de

Aquitania y sus demás posesiones quedaban confiscadas.

Nuevo sistema de guerra. — Habiendo aprobado esa resolución los estados generales, Carlos V dió inmediatamente principio á la guerra por tres puntos á la vez, en el Pontieu, la Guiena y la Picardía (1369). Los ingleses desembarcaron poco después en Calais; pero el rey de Francia sabía que lo que había perdido á sus predecesores en Poitiers y Crécy era su desenfrenado ardor; por eso al dar á su hermano Felipe, ya duque de Borgoña, el mando del ejército francés, le prohibió que trabase ninguna acción general. Tres veces invadieron los ingleses la Francia, y cada vez se dejó que murieran de hambre y de miseria sus ejércitos. Los franceses se contentaban con impedirles que entrasen en las ciudades, abandonándoles el resto del país. En una de esas invasiones, se adelantaron hasta el centro del reino y quemaron ante la vista del rey los pueblos de los alrededores de París. Pero el valiente Oliverio de Clisson persuadía á Carlos V para que persistiera en la resolución que había tomado, diciéndole: « Señor, no tenéis para qué emplear vuestras gentes en combatir á esos demonios, dejad que se fatiguen por sí mismos, en la seguridad de que todas esas fogatas no os arrojarán de vuestras tierras. »

Al paso que los ingleses se hacían odiosos á Francia por los desastres que en ella causaban, Carlos V hacía lo posible por captarse la voluntad de las ciudades, concediéndoles exenciones y privilegios. Así, por diversas ordenanzas, declaró libre de impuestos por veinte años á la ciudad de Milhau, concedió privilegios á las ciudades de Montauban, de Verfeil, de Tulle, de Tarbes, Cahors y Castres; prometió á los habitantes de Figeac que no se les inquietaría en la posesión de sus bienes, si pasaban de la obediencia del rey Eduardo á la del de Francia.

Duguesclín se hallaba al frente de algunos destacamentos para entrar en las ciudades que se rendían á los franceses por voluntad propia, ó para introducirse astutamente en otras y establecer guarniciones. En sus evoluciones estudiaba todos los movimientos del enemigo, aprovechando sus faltas para obtener multitud

de ventajas parciales. Así fué cómo batió en Pont-Vallín á Roberto Knolles (1370), uno de los más temidos generales ingleses, y cómo conquistó el Poitou, mientras la flota del rey de Castilla destruía cerca de la Rochela á la de Inglaterra (1372). Al año siguiente (1373), se apoderó de Bretaña castigando así á Juan de Montfort por su alianza contra los enemigos del rey de Francia. Pero Carlos V no debía conservar esta última conquista. Habiendo cometido la imprudencia de querer someter esa provincia á un impuesto odioso, los barones, caballeros y escuderos de Bretaña firmaron en Rennes, el 26 de Abril de 1399, un acta de confederación y recobraron su independencia.

Los ingleses sólo conservan Calais, Burdeos, Bayona y Brest. — El sumo pontífice, que constantemente procuraba ser árbitro de paz, en medio de aquellas escenas de turbulencia y anarquía, detuvo una vez más la efusión de sangre mediante la tregua de Brujas (1375). Poco después bajaron al sepulcro Eduardo III y su hijo, el príncipe de Gales. Este murió por efecto de una cruel enfermedad, que lo había hecho padecer durante seis años. Su padre, abatido por los reveses y subyugado por la voluptuosidad, perdió insensiblemente su gloria, y no fué en los últimos años de su vida sino objeto de desprecio para el pueblo que tanto lo había amado. La única persona que asistió á sus últimos momentos, y eso para robarle fué su concubina Alicia Pierre (1377). Carlos V aprovechó la muerte de su rival para obtener nuevos triunfos. Lanzó cinco ejércitos en distintas direcciones, conquistando toda la Guiena, mientras una flota castellana asolaba las costas de Inglaterra. Asustado por la aparición de estos barcos, el joven Ricardo II, heredero de Eduardo III, se apresuró á firmar con Carlos V una tregua que sólo dejaba en Francia á los ingleses cuatro ciudades, las de Bayona, Burdeos, Brest y Calais.

Muerte de Duguesclín (1380). — El valiente Duguesclín murió delante del castillo de Randón, uno de los últimos puntos que quedaban en Guiena á los ingleses. Cuando sintió que se acercaba su última hora, pidió los sacramentos de la Iglesia, se hizo presentar

su espada de condestable, la besó y la entregó al mariscal de Sancerre, para que la llevara al rey. Luego dirigió enternecedoras palabras á todos sus compañeros de armas, y no cesó, hasta su postrer suspiro, de recordarles que las gentes de iglesia, las mujeres, los niños y el pobre pueblo no eran sus enemigos. La ciudad debía rendirse al día siguiente de la muerte del condestable. Habiendo dicho el gobernador que á quien había dado palabra de rendirse era á Duguesclín, y que sólo á él lo haría, el mariscal de Sancerre tuvo que confesar la muerte de su jefe. Pues bien, replicó el gobernador, depositaré sobre su tumba las llaves de la ciudad. El cuerpo de Duguesclín fué transportado á París con gran pompa, y depositado en San Dionisio, cerca de la tumba reservada á Carlos V.

Muerte de Carlos V. Sabios decretos de ese príncipe. — El mismo año murió Carlos V. Ese monarca había hecho durante su reinado grandes cosas en favor de su nación. Sin ser guerrero, había hecho renacer á su alrededor el espíritu militar, y dando á los hombres de armas que lo rodeaban dirección acertada y prudente, á la vez que empuje patriótico, había logrado expulsar del reino á sus enemigos. « No ha habido, decía Eduardo III, rey de Francia que se armase menos, ni que diera tanto que hacer. »

Sólo una vez convocó los Estados generales para consultarlos acerca de la conducta que debía seguir con el rey de Inglaterra. Los reemplazó por los *lechos de justicia*, que eran solemnidades judiciales en que tomaban parte el parlamento, los grandes funcionarios de la corona, los prelados, y diputados del estado llano y de la universidad. En una de esas asambleas fué donde hizo decretar que los reyes de Francia entrarían en su mayor edad á los trece años, y para evitar el desmembramiento del reino, decretó al mismo tiempo que en lo sucesivo se darían á los infantes de Francia dotaciones en vez de dominios territoriales.

Ese príncipe se ocupó con el mayor cuidado en la administración interior de sus Estados. Favoreció el comercio por medio de acertados decretos y de la creación de una marina que lo protegiese en lo exte-

rior. Su economía le permitió restablecer el orden en la hacienda sin recurrir nunca, como sus predecesores, á la alteración de la moneda. Redujo los impuestos y los repartió con mayor justicia, disminuyó el número de empleados públicos, y alentó la agricultura, las artes y las ciencias. Empezó la construcción de la Bastilla, famosa prisión de Estado más tarde, reconstruyó los baluartes de París y el Louvre, edificó los castillos de Beauté, de Plaisance y de Melún, y concibió el proyecto de unir el Sena y el Loira por medio de un canal que fué ejecutado andando el tiempo, bajo Enrique IV.

Lleno de caridad hacia los pobres, fundó numerosos hospitales. Á menudo se le oía repetir estas memorables palabras: « Soy feliz, porque puedo hacer bien. » No temía dar muestras exteriores de su fe y de su piedad. « Monseñor el rey, dice Froissart, iba en procesión piadosamente, descalzo lo mismo que mi señora la reina. » Gustaba de estudiar y poseía la más hermosa biblioteca de su tiempo, compuesta de novecientos diez volúmenes, que se conservaban preciosamente en una torre del Louvre, con cadenas de hierro. Esa colección fué la base sobre que se formó la Biblioteca nacional de París. Creó en dicha ciudad un colegio de astronomía y de medicina con un observatorio, en favor de un tal Gervais, que pasaba por hábil astrólogo. Alentó la vida de las letras, haciendo traducir la Biblia, Aristóteles, San Agustín y Tito Livio, y durante su reinado realizó grandes adelantos la literatura francesa. El escritor más distinguido de entonces fué Froissart, que se puede considerar como el historiador del siglo XIV, según Villehardouin y Joinville lo fueron del XIII.

Progresos del estado llano — El estado llano ó tercer estado, que había sido admitido por primera vez en los estados generales bajo Felipe el Hermoso, se desarrolló en las frecuentes reuniones de esas grandes asambleas que se efectuaron bajo sus sucesores. En 1332 fué llamado á pronunciarse tocante á los derechos de Felipe V al trono. Habiéndolos convocado en 1355 Juan II para obtener subsidios, se vió obligado, á fin de obtener sus votos, á decretar que en

Lo sucesivo no se haría nada sin el consentimiento de los tres órdenes ó brazos del reino, y que el rey tendría la obligación de dar cuenta del empleo de todos los recursos que le fueran concedidos. Durante el cautiverio del monarca, los estados se apoderaron del gobierno y se impusieron por la fuerza al delfín. El prevoste Marcel hizo establecer que en adelante no se podría pactar treguas ni declarar la guerra, sin asentimiento de los tres órdenes, y que la convocatoria de las reservas y los reglamentos sobre moneda é instituciones jurídicas dependerían de su sanción. Pero esos excesos, juntos con las calamidades de la anarquía, que entonces assolaba el país, detuvieron los progresos del estado llano y lo obligaron á retroceder en la vía que había emprendido. Carlos V, que desconfiaba de esas asambleas tumultuosas, sólo se sirvió de ellas para hacer anular el pacto impuesto á su padre, y el estado llano debió buscar medios de desarrollo más bien en la riqueza y la ilustración que en la política. Esa clase de la sociedad preparó, en efecto, su triunfo en los tiempos modernos extendiendo su influjo, de una parte por medio de la industria y del comercio, que fueron para ella manantial fecundo de riqueza y bienestar, y por otra parte consagrándose al estudio, y produciendo hombres distinguidos que la honraron sosteniendo sus intereses.

Importancia del parlamento y de la universidad. — Pero á más de los estados generales, que sólo eran convocados periódicamente, había en Francia otros cuerpos que por de pronto fueron extraños á la política, pero que acabaron por tomar parte en los asuntos públicos. Tales fueron los parlamentos y la universidad.

Los parlamentos no se limitaban á administrar justicia; el registro de los edictos reales dió origen al derecho de *observaciones, reparos ó representaciones*, que fué por mucho tiempo el único freno de la monarquía absoluta. La ilustración de los magistrados y la gravedad de su carácter daban importancia á sus reparos. Así, veremos que desde principios del siglo quince tuvieron autoridad bastante para suspender la ejecución de las voluntades del rey, negándose á regis-

trar sus edictos. Carlos V aumentó aún esa importancia dejando á sus miembros el derecho de proveer por sí mismos los puestos que quedaran vacantes en su seno, y reemplazando los estados generales por esas grandes solemnidades jurídicas que se han llamado *lechos de justicia*, y á las cuales eran admitidos, á más del parlamento, los grandes dignatarios de la corona, los prelados, los diputados de la llaneza y los delegados de la universidad.

Esta era entonces muy poderosa. Contaba más de veinte mil estudiantes que frecuentaban sus aulas, y la ilustración de sus miembros hizo que se les llamase á tomar parte en los consejos de los soberanos. Se les consultó sobre todo en la lucha surgida entre la autoridad espiritual y la temporal, y defendieron con extremado ardor lo que entonces se llamaba *libertades de la Iglesia galicana*. De las cuestiones religiosas pasaron más tarde á los asuntos civiles, y se debe reconocer que en esos desdichados tiempos dictaron varias ordenanzas notables por su sabiduría y moderación. Carlos V se apoyó particularmente en la universidad llamándola *hija primogénita de los reyes*.

París en el siglo XIV. — En el siglo catorce estaba París muy lejos de alcanzar la extensión é importancia que hoy tiene. Es difícil decir con exactitud cuál era entonces su población; pero creemos que debía hallarse entre 200 y 300.000 habitantes. El Sena dividía la ciudad en dos partes, la orilla izquierda y la derecha. No había muelles. Las casas estaban edificadas á la orilla misma del río, con su base en el agua, lo que las exponía á terribles inundaciones, que eran bastante frecuentes. De distancia en distancia habían dejado pequeños puertos para el desembarco de las mercancías. Así, había el puerto del trigo, el del heno y el de Borgoña ó del vino.

La mayor parte de las calles eran callejuelas estrechas, como lo son hoy las de Nevers ó de Guénégaud, donde sólo se puede entrar con un coche. París merecía su antiguo nombre de *Lutecia*, pues era la ciudad por excelencia del lodo. Para sanearlo se habían construído algunos alcantarillados; pero como esas alcantarillas eran descubiertas, se convirtieron

durante el verano en focos de infección, ocasionando epidemias. En 1354 hubo una tan terrible, que fué preciso prohibir á los *pregoneros de difuntos* anunciar los fallecimientos.

No había más que cinco puentes sobre el Sena; á la derecha, el puente de Nuestra Señora, el del Cambio, el de los Molineros; y á la izquierda el Puente Menor y el de San Miguel.

Por esa parte se alzaba la Universidad con sus cuarenta y dos colegios y sus veinte mil estudiantes, y las grandes abadías de Santa Genoveva, de San Benito, de los Mínimos, de los Agustinos y de San Germán. En cambio, á la derecha del río se extendía la ciudad comerciante é industrial, con las dos moradas reales, el Louvre y el hôtel San Pol y sus cuarenta y cuatro iglesias. En el centro, entre los brazos del Sena, la ciudad ó *cité*, que comprendía Nuestra Señora, el Hôtel-Dieu, la Santa Capilla, el Tribunal y veintitrés iglesias.

El comercio por el Sena perteneció á la cofradía de los *nautas* ó *bateros*. El río estaba cerrado por encima de París, á la altura de Charentón, y corriente abajo de la capital, á la altura de Mantes. Cuando llegaba al confluente del Sena y del Marne, todo barco no perteneciente á un burgués de París debía descargar su cargamento. Lo mismo ocurría en Mantes. El jefe de esa cofradía era el *prevoste de los mercaderes*. Asistíanlo cuatro regidores elegidos entre los principales habitantes, y tenía jurisdicción sobre todos los demás gremios, lo cual le daba considerable autoridad. Era designado por los treinta y cuatro concejales de París, los *cuaternarios* ó jefes de barrio (cuadra ó cuartel) y los delegados de los burgueses, por tres años, y juzgaba todos los asuntos comerciales, ordenaba los gastos públicos y fijaba el precio de las mercancías desembarcadas en los puertos.

Marcel compró en 1357, para convertirla en residencia de los prevostes, la casa de los Pilares en la plaza de Grève, que luego fué demolida en 1532 para dejar el sitio al Hôtel de Ville. La cofradía de los *mercaderes de agua* se reunía en la *Casa de la mercancía* (*Maison de la marchandise*), situada cerca del Châtelet

ó en el *Locutorio de los burgueses* (*Parloir aux bourgeois*), situado en el otro extremo, hacia la puerta de Santiago.

La industria parisiense era ya célebre. Todos los oficios formaban gremios que tenían sus reglas y estatutos, y se habían tomado discretas precauciones para fortalecer todas las industrias nacientes y permitirles alcanzar el desarrollo que más tarde tuvieron. Sus productos se depositaban en vastas galerías, por encima del gran almacén de los *Champeaux* ó de los mercados, y formaban una especie de exposición permanente.

Mientras no hubo seguridad en los caminos, ó que éstos fueron difíciles, había que viajar por grupos, constituyendo caravanas para el transporte de las mercancías. Precisaba, pues, que hubiera días y puntos determinados para la celebración de grandes ferias, que facilitaran la compra y venta de los productos. Las ferias más célebres eran las de *Landit*, *San Lázaro* y *San Germán*.

La primera se celebraba en la llanura de San Dionisio. El rector de la Universidad compraba en ella todo el pergamino necesario para los colegios y percibía un tanto sobre esa venta. La segunda se efectuaba en el mercado central; el rey cobraba un derecho sobre todas las ventas, y ese era uno de sus más importantes ingresos. La de San Germán tenía lugar en el territorio de la abadía de ese nombre y era también muy famosa.

La ciudad de París estaba amurallada, y esas fortificaciones le servían para defenderse contra los ataques de fuera. Marcel, que temió un golpe de mano después del desastre de Poitiers (1356), había hecho levantar nuevos baluartes; pero como esos trabajos, hechos apresuradamente, no tenían toda la solidez apetecible, el prevoste de París, Hugo Aubriot, los continuó, haciendo construir *la bastilla San Antonio*, que Marcel había levantado, y que más tarde se convirtió en la famosa fortaleza de la Bastilla.

París poseía una especie de guardia nacional, compuesta de *ballesteros* y de *arqueros*. Esa milicia estaba encargada de la defensa de la ciudad contra el enemigo

exterior, pero no se ocupaba de policia. Durante la noche, la única encargada de velar por la seguridad pública en las calles, era la milicia burguesa de la *ronda*.

Esa guardia era demasiado insuficiente para tal fin. En esa época no había alumbrado en París. Á las ocho de la noche tocaba á cubre fuego la campana grande de Nuestra Señora. Las gentes honradas y tranquilas se metían en sus casas; pero al mismo tiempo salía á las calles otra población venida de no se sabe dónde, compuesta de ladrones de oficio, *truhanes*, *chulos*, *tomadores*, etc., que se echaban sobre las gentes retrasadas en las calles, despojándolas de cuantos objetos de valor les encontraban. Esos desórdenes subsistían aún en el siglo XVII, pues Boileau los pinta en su sátira sobre *los estorbos de París*.

La distancia era inmensa entre esa ciudad malsana, mal alumbrada, mal construída y la suntuosa y elegante capital de nuestros días. Sin embargo sus habitantes eran tan alegres y felices como pueden serlo los de ahora, llevando existencia más tranquila y disponiendo de más instantes de solaz. En vez de la vida tormentosa y agitada de hoy, que no deja á los habitantes de París ni un momento libre, pasaban largas y encantadoras veladas en el seno de la familia. Sus fiestas eran numerosas; las religiosas muchísimo más que ahora, y en ellas descansaban lo mismo que si hubiera sido domingo. Además, se contaban las solemnidades de la ciudad, las fiestas del soberano, las de los santos patronos de cada oficio y las personales. Todo el mundo celebraba el día del santo cuyo nombre llevaba, y así era que en las familias numerosas no faltaban las ocasiones de divertirse. Esas ceremonias eran ruidosas, yendo á menudo acompañadas por grandes demostraciones que tal vez hoy no nos gustasen, pero que constituían en aquella época fuente de variados placeres que la multitud acogía con estruendosas carcajadas y que, después de todo, valían más que los costosos regocijos que los han reemplazado.

Resumen de este capítulo. — El reinado de Carlos V fué una época reparadora. Al subir al trono, ese príncipe tenía que domeñar tres poderes que estorbaban la independencia de la

monarquía y la tranquilidad de Francia, á saber: el rey de Navarra, las grandes compañías y los ingleses. Como Carlos no era guerrero, se sirvió de Duguesclín contra esos tres enemigos.

I. El héroe bretón empezó por librarlo del rey de Navarra, Carlos el Malo, que había intentado apoderarse de la corona de Francia durante los desórdenes del reinado precedente. Duguesclín lo obligó á someterse, haciendo prisionero á Juan de Grailly, capta de Buch, su aliado, en la batalla de Cocherel (1364). Poco tiempo después, Carlos V puso término á la guerra de Bretaña entre los Penthièvre y los Montfort, por medio del tratado de Guérande (1365). Para librarse de las *grandes compañías*, que no eran sino bandas de aventureros, hizo que Duguesclín los llevase consigo á España para tomar partido en favor de Enrique de Trastámara contra su hermano Pedro el Cruel. Duguesclín, después de haber estado prisionero, terminó con fortuna los asuntos de Castilla, y Francia quedó libre de las terribles bandas que la devastaban.

II. Lo único que aun estaba por hacer era atacar á los ingleses. Carlos V consultó sobre ese particular á los estados generales y empezó de nuevo la guerra, en tres puntos diferentes, en el Ponthieu, la Guiena y la Picardia (1369). Se adoptó una táctica nueva, que paralizó todos los esfuerzos de los ingleses. El rey de Francia recurrió á la persuasión más bien que á la fuerza, y Duguesclín pudo apoderarse, de ese modo, de gran número de ciudades. Habiendo fallecido Eduardo III (1377), Carlos V aprovechó esa circunstancia para redoblar de actividad. Lanzó cinco ejércitos en otras tantas direcciones diferentes, y pronto no quedó á los ingleses más que Bayona, Burdeos, Brest y Calais. El valeroso Duguesclín murió el mismo año que el prudente monarca (1380). Carlos V se había ocupado con el mayor cuidado en la administración interior de su reino, fundando hospitales y protegiendo las ciencias y las letras. Bajo su gobierno adquirieron gran importancia las diversas instituciones; el estado llano, el parlamento y la Universidad empezaron entonces á intervenir en los asuntos públicos, ejerciendo considerable influencia.

CAPÍTULO VIII.

ALEMANIA, ADVENIMIENTO DE LOS HABSBURGOS. INDEPENDENCIA DE SUIZA. LA BULA DE ORO. LA HANSA (1).

Durante el interregno, Alemania es presa de la más horrible anarquía. Los señores y los nobles se ven obligados á aliarse

(1) AUTORES QUE CONSULTAR: Schmid, Kohlrausch, Luden, *Historiadores de Alemania*; Montelle, *Ensayo histórico sobre los engrandecimientos y las pérdidas de la casa de Austria desde el advenimiento de Rodolfo de Habsburgo*; *Historia de los sumos pontífices que han residido en Aviñón*, Aviñón, 1777; Maimburgo, *Historia del gran cisma de Occidente*; *Historia del concilio de Pisa*; *Historia del concilio de Constanza*; *Historia del concilio de Basilea*; todas las historias de la Iglesia.